



## «...Un día se preguntó quién era...»

Apuntes de las intervenciones de Davide Prospero y Julián Carrón en la Jomada de Apertura de Curso de los adultos y universitarios de CL. Feria de Rho-Peró, 25 de septiembre de 2010

## JULIÁN CARRÓN

Al comenzar el curso pedimos al Espíritu el don de la sabiduría para que podamos comprender cuál es el problema por excelencia –el sentido de la vida– y lleguemos a estar verdaderamente disponibles para seguir con decisión el modo con el que el Misterio ha llegado hasta nosotros y continúa alcanzándonos en este instante.

### *Desciende Santo Espíritu*

Saludo a todos los presentes y a todos aquellos que siguen este acto en directo desde diferentes ciudades de Italia y del extranjero. Os leo el telegrama que hemos enviado al Papa: «Santidad, cincuenta mil adultos y universitarios de Comunión y Liberación, reunidos para celebrar la Jornada de Apertura de Curso en Milán y en conexión directa desde decenas de ciudades en Italia y en el extranjero, agradecidos a Dios por la belleza de su viaje al Reino Unido, desean poner en sus manos todas sus personas para estar, como Su Santidad, al servicio de Otro y, así, hacer accesible el anuncio de Jesucristo a nuestros hermanos los hombres. En una sociedad indiferente y hostil a la fe, profundizando en el carisma de don Giussani, confirmamos el compromiso de hacer transparente la presencia de Cristo resucitado, respuesta plena a las preguntas de nuestros corazones».

## DAVIDE PROSPERI

Mi tarea es presentar los pasos que dimos el año pasado, y lo hago leyendo algunas líneas de don Giussani –tomadas de *El camino a la verdad es una experiencia*– que resumen con eficacia lo que hemos vivido: «El cristianismo no nace como fruto de nuestra cultura o como descubrimiento de nuestra inteligencia. El cristianismo no se comunica al mundo como fruto de la modernidad o de la eficacia de nuestras iniciativas. El cristianismo nace y se difunde en el mundo por la presencia de la “potencia de Dios”. “*Deus in nomine tuo salvum me fac*”. Esta potencia de Dios se revela en hechos, acontecimientos, que constituyen una realidad nueva dentro del mundo, una realidad viva, en movimiento, y que, por tanto, tejen una historia excepcional e imprevisible dentro de la historia de los hombres y de las cosas» (L. Giussani, *El camino a la verdad es una experiencia*, Encuentro, Madrid 1997, p. 93).

Esto también nos ayuda a comprender la tarea de una presencia cristiana en la sociedad. Lo acabamos de escuchar: ante todo, no se trata del fruto de nuestra sabiduría o de nuestras iniciativas. Si fuera así, ya no podríamos asombrarnos por nada, en el fondo ya todo estaría encasillado, conocido de antemano. En cambio –hemos escuchado–, la potencia de Dios se revela en hechos, acontecimientos que constituyen una realidad nueva dentro del mundo.

Durante este año hemos sido testigos y hemos participado en hechos, algunos más evidentes, porque han implicado a todo el movimiento, y otros que cada uno de nosotros pue-

de identificar en su experiencia personal. Entre ellos, cito el encuentro con el Papa en Roma, el pasado 16 de mayo. En esa ocasión, se nos propuso un juicio diferente sobre el significado de ese gesto, un juicio no ideológico, tanto que muchos de nosotros, en el último momento, decidieron participar superando obstáculos e impedimentos debidos a compromisos fijados con anterioridad. Todos sabemos que las palabras de Carrón han propiciado este cambio, incluido el cambio de las decisiones ya tomadas: «No vamos a Roma ante todo para defender al Papa, sino para reconocer y afirmar la roca que nos sostiene en este período de prueba para la Iglesia». Estas palabras nos cambiaron la mirada sobre lo que estábamos haciendo, porque introdujeron una posición humana nueva, de vanguardia, que afronta las cosas sin defenderse, con el deseo de conocer, de comprender más. Éste ha sido, sin duda alguna, uno de los frutos imprevistos del trabajo de Escuela de comunidad durante este año y, ciertamente, la Escuela de comunidad de Carrón (que han podido seguir todos los que han querido) es el gesto que nos ha llegado a todos, mostrándonos este método en acción.

Un reflejo de esta posición positiva ante la realidad se ha visto en el Meeting. Pensemos en lo que han significado tantos testimonios, que ahora no cito por brevedad, pero que podéis leer en *Huellas* de septiembre. Como síntesis, podemos decir que la esperanza que nace de la experiencia cristiana, sorprendentemente –, dejadme añadirlo, inesperadamente– nos permite afrontar cualquier situación, incluso las más difíciles, con una iniciativa inteligente y una alegría que no necesitan reducir el carácter dramático de lo que vivimos, cosa que, en muchas ocasiones, hacemos para no caer en la desesperación.

Ahora, nos preguntamos: ¿De dónde nace todo esto? ¿Qué hay detrás? Hace un mes, durante la Asamblea de Responsables de CL en La Thuile, Carrón ha retomado una afirmación de Giussani: «No se puede “archivar” la realidad [después del encuentro con Cristo] porque ya nos lo sabemos todo o lo tenemos todo. Es verdad que lo tenemos todo, pero sólo comprendemos qué es este “todo” [es decir, quién es Cristo] en el impacto, o mejor dicho, en el encuentro con las circunstancias, las personas y los acontecimientos» (L. Giussani, *L'io rinasce in un incontro (1986-1987)*, Rizzoli, p. 55; citado en: J. Carrón, «*Vivir es hacer memoria de Mí*», Asamblea Internacional de Responsables de CL, en *revis-tahuellas.org*, p. 52).

Un ejemplo extraordinario de esta afirmación, que coincide con un paso fundamental del curso pasado, es el artículo de Julián Carrón en *La Repubblica* (del 4 de abril de 2010) sobre la lacra de la pederastia en la Iglesia. Ante esta extrema contradicción (y esto es verdad respecto a cualquier contradicción o dolor) emerge una necesidad insaciable de justicia y de verdad, y nada es capaz de curar la herida que



Texas (EEUU), entrenamiento de bomberos.  
(Las fotos de estas páginas son de **Giorgia Fiorio**)

se ha abierto; nada de lo que podamos hacer nosotros, porque la justicia que esperamos no es simplemente la de recobrar lo que nos habían quitado o aquello en lo que habíamos puesto nuestra esperanza; la justicia para la que estamos hechos es mucho más que recibir lo que se nos debe, lo que esperamos es verdaderamente mucho más, es algo sobreambiente. A este respecto, podemos citar un episodio muy significativo de la vida de la Madre Teresa en Calcuta: siendo una joven monja, se encontró con un pobre moribundo abandonado en medio de la calle, lo acogió en su casa, le dio medicinas y le cuidó. En poco tiempo el hombre murió, pero antes de morir pronunció estas palabras: «He vivido toda la vida como un perro callejero y muero como un rey». Madre Teresa, probablemente, no había hecho más que lo que una enfermera, quizá llena de compasión, habría hecho en esa situación y, sin embargo, ese hombre pronunció dichas palabras. ¿Qué había visto? ¿Qué podía haber visto de lo que había esperado durante toda su vida? En la mirada de la Madre Teresa brillaba la de Cristo, en su voz vibraba la voz de Cristo: esto es lo que había esperado durante toda su vida, encontrar esta mirada. En La Thuile, Carrón dijo: «La verdad no es algo abstracto, es ese Amor que se ha inclinado sobre nuestra nada, [...] es esta conmoción por nuestra nada. [...] Ésta es nuestra responsabilidad: convertir nuestra persona al Acontecimiento presente, a este Amor que se ha inclinado sobre mí» (J. Carrón, «Vivir es hacer memoria de Mí», op. cit., p. 9).

Abandonarse a esta mirada es la invitación que a todos nos ha dirigido el Papa en la Plaza de San Pedro. La palabra que domina la preocupación de quien guía la Iglesia es la palabra “conversión”; y el Papa lo ha vuelto a recordar la semana pasada, durante su histórica visita al Reino Unido con ocasión de la beatificación del cardenal Newman: «Newman nos enseña que, si hemos aceptado la verdad de Cristo y nos hemos comprometido con Él, no puede haber separación entre lo que creemos y lo que vivimos. Cada uno de nuestros pensamientos, palabras y obras debe buscar la gloria de Dios y la extensión de su Reino» (Benedicto XVI, *Vigilia de oración por la beatificación del Cardenal John Henry Newman*, Londres, 18 de septiembre de 2010).

Al comienzo de este nuevo año, queremos preguntarte: ¿Qué significa esta conversión del yo al Acontecimiento presente a la que se nos invita?

## JULIÁN CARRÓN

### I. LA HUMANIDAD QUE NACE DE LA FE

Celebramos esta Jornada de Apertura de Curso todavía bajo el impacto de lo que hemos vivido este verano: las vacaciones de nuestras comunidades y el Meeting, la Asamblea Internacional de Responsables y los *Équipes* del CLU y del CLE. Y, más recientemente, el viaje del Papa al Reino Unido: todo lo que ha subrayado durante esta visita nos hace comprender cuáles son los desafíos que nuestra fe tiene que afrontar hoy. Confrontarnos con lo que >>>

Capriva del Friuli (Gorizia),  
los viñedos de Collio.



ha dicho nos ayuda a situar en su contexto el alcance del recorrido que estamos realizando, y nos ofrece más razones todavía para seguir adelante.

Benedicto XVI ha visitado –como todos sabemos– uno de los lugares más secularizados del mundo, y nos ha dado testimonio de qué significa una presencia. Era muy consciente del alcance del viaje, lo ha dicho esta semana recordando las etapas: «Al dirigirme a los ciudadanos de ese país, encrucijada de la cultura y de la economía mundial, tuve presente a todo Occidente, dialogando con las razones de esta civilización y comunicando la perenne novedad del Evangelio, de la que está impregnada» (Benedicto XVI, *Audiencia General*, Plaza de San Pedro, 22 de septiembre de 2010). Para mostrar en qué consiste dicha novedad en un contexto así, el Santo Padre se ha servido de la figura de Newman, cuya beatificación era el motivo fundamental de su viaje: «Permitidme empezar recordando que Newman, por su propia cuenta, trazó el curso de toda su vida a la luz de una poderosa experiencia de conversión que tuvo siendo joven. Fue una experiencia inmediata de la verdad de la Palabra de Dios, de la realidad objetiva de la revelación cristiana tal y como se recibió en la Iglesia. Esta experiencia, a la vez religiosa e intelectual, inspiraría su vocación a ser ministro del Evangelio, su discernimiento de la fuente de la enseñanza autorizada en la Iglesia de Dios y su celo por la renovación de la vida eclesial en fidelidad a la tradición apostólica. Al final de su vida, Newman describe el trabajo de su vida como una lucha contra la creciente tendencia a percibir la religión como un asunto puramente privado y subjetivo, una cuestión de opinión personal. He aquí la primera lección que podemos aprender de su vida: en nuestros días,

cuando un relativismo intelectual y moral amenaza con minar la base misma de nuestra sociedad, Newman nos recuerda que, como hombres y mujeres a imagen y semejanza de Dios, fuimos creados para conocer la verdad, y encontrar en esta verdad nuestra libertad última y el cumplimiento de nuestras aspiraciones humanas más profundas. En una palabra, estamos destinados a conocer a Cristo, que es “el camino, y la verdad, y la vida” (Jn 14,6)» (Benedicto XVI, *Vigilia de oración por la beatificación del Cardenal John Henry Newman*, Londres, 18 de septiembre de 2010). En efecto, si la religión es un hecho puramente privado y subjetivo, una cuestión de opinión personal, la consecuencia es obvia: el relativismo. El relativismo consiste en la pérdida de la capacidad del hombre para conocer la verdad, para encontrar en ella la libertad definitiva y el cumplimiento de las aspiraciones humanas más profundas, es decir, para encontrar la respuesta exhaustiva a sus exigencias. En efecto, si el hombre no encuentra lo que responde a esta aspiración, a esta exigencia, todo es relativo, opinable, y nada será capaz de poseer todo su yo. En cambio, el Papa ha dicho: «A la multitud de los fieles, especialmente a los jóvenes, quise volver a proponer la luminosa figura del cardenal Newman, intelectual y creyente, cuyo mensaje espiritual se puede resumir en el testimonio de que el camino del conocimiento no es cerrazón en el propio “yo”, sino que es apertura, conversión y obediencia a Aquel que es el Camino, la Verdad y la Vida» (Benedicto XVI, *Audiencia general*, 22 de septiembre de 2010).

A la luz de cuanto he dicho se comprende el alcance del recorrido que estamos realizando para salir de la fractura entre el saber y el creer, fractura que relega el creer a la esfera de lo subjetivo, de la opinión personal, porque el hombre no

sería capaz de conocer la verdad que cumple la vida. Pero éste, ¿es un problema que concierne sólo a los intelectuales como Newman o, en cambio, nos concierne a todos?

Aquí adquiere todo su alcance la llamada a la conversión que el Papa está dirigiendo con insistencia a toda la Iglesia. Pero nadie se tomará verdaderamente en serio la llamada a convertirse si no la percibe como una urgencia personal. Los cantos que hemos cantado pueden ayudar a comprender esta urgencia: «Era un hombre malo, / pero malo, malo, malo» (C. Chieffo, «L'uomo cattivo», *Il libro dei canti*, Jaca Book, Milano 1976, p. 291). El término “malo” aquí significa “inmoral”, pero no en el sentido al que normalmente lo reducimos, el sentido de incoherencia ética, sino en el sentido más profundo de una relación inadecuada con el Ser. Dice don Giussani: «Pretendo usar la palabra “moral” o “moralidad” en su sentido más profundo, sustancial, que es la disposición de la persona ante el Ser, es decir, ante la vida, ante la existencia como origen, consistencia y destino» (L. Giussani, *L'io rinasce in un incontro 1986-1987*, BUR, Milán 2010, p. 42). Se comprende que éste es el sentido de la palabra por cómo sigue el canto. Cuando se levantaba por la mañana, no tenía el remordimiento por algo equivocado, no: «Cuando se levantaba por la mañana, / todo le fastidiaba, / empezando por la luz; y hasta el café con leche». Y nosotros, somos bien conscientes, podemos haber vivido el encuentro cristiano y, sin embargo, levantarnos también por la mañana fastidiados por todo. Pero esto no detiene al Señor: «El Señor desde el cielo / le enviaba muchos regalos; él casi no los miraba, / e incluso a veces se quejaba». El fruto de nuestra incapacidad de acoger la realidad tal y como

es, es decir, como un don, como un regalo, en su verdad — lo cual nos llevaría a estar agradecidos, a hacer predominar, apenas nos despertamos, el agradecimiento—, impide experimentar el cumplimiento de la vida, lo cual se comprueba por el hecho de que prevalece la queja como sentimiento último de uno mismo. ¡No hay tu tía, amigos míos! A nadie se le ahorra la vida, tampoco después del encuentro cristiano. Si contemplamos lealmente, sin miedo, nuestra experiencia humana, es difícil no conmoverse cuando se canta *I Wonder*: «Mientras paseo bajo el cielo [como un vagabundo irritado, puedo sentir todo el asombro, la maravilla], me maravillo de que Jesús el Salvador viniese para morir por la pobre gente hambrienta como tú y como yo» («*I Wonder*», en *Cancionero* de Comunión y Liberación, p. 443). Nada te hace comprender lo pertinente que es esto tanto como el fastidio que sientes, como la incapacidad de li-

berarte de él por ti mismo. Este fastidio y esta queja pueden llegar a ser para cada uno de nosotros la ocasión para comprender quién es Cristo, porque «no sabemos quién era» (título de la canción de G. Roscio-A. e G. Agape, *Cancionero*, op. cit, pp. 380); si no vuelve a acontecer ahora, nosotros no sabemos verdaderamente quién es Jesús; pero con Él, cuando Él vuelve a acontecer, cuando Él vence en nosotros ese fastidio, empezamos a introducirnos en la realidad, en la verdad de lo real, como aquel hombre malo: «Pero un día se preguntó quién era / el que le daba la vida, / un día se preguntó quién era / el que le daba el amor», es decir, el hombre empieza a darse verdaderamente cuenta de Quién le da la vida. Entonces comenzamos a cambiar nuestra posición ante las cosas e iniciamos a ver lo que antes no veíamos: “el color de la uva” y “el niño que le sonreía”. ¡Cuántos niños habría visto antes sonreír, pero no los veía! Entonces «se sinceró consigo mismo / y lloró casi todo el día».

Esto consiente al Señor darnos todo: «Y Dios lo vio y sonrió, / le quitó su dolor, / después le dio más vida todavía / después le dio más amor todavía». La conversión, amigos, la conciencia plena de la realidad, tiene una finalidad clara: más vida, más amor.

Una persona me ha escrito: «Querido Julián: Sólo con una gran fatiga me decidí a escribirte, pero la insistencia de un amigo mío es una buena razón para hacerlo. Lo que caracteriza mi vida en este tiempo es la petición, la petición de que Cristo me comunique su corazón. Hace algunos meses me separé de mi mujer y estoy sufriendo mucho. Este curso, tras años de ser como el Guadiana respecto al movimiento, he vuelto a participar en las vacaciones de CL, porque quería que mi hijo pudiese ver algo más gran-

de que su padre y las circunstancias dolorosas y extenuantes que estamos viviendo. Los primeros dos días estuve allí como un mero espectador, pero luego me sucedió algo, me topé con un hecho. A pesar de mi dolor, mi angustia, mi nada, recibí un abrazo que ha vuelto a despertar mi corazón. Fue como recibir una propuesta para mi vida. Me sentí, indignamente, objeto de una misericordia inmensa, fue como si me volvieran a dar la vida. El encuentro con un amigo, su mirada, la mirada apasionada de los rostros que estaban a mi alrededor y que en cada instante miraban la vida como un don de Otro y no tenían miedo a su corazón. Entonces, comprendí que yo no sabía nada de Jesús, no había entendido nada de nada, aún habiendo guiado una comunidad, aún habiendo visto a don Giussani. No había comprendido nada, y entonces empecé a decir: “Yo, Jesús, quiero conocerte”. He pasado demasiado tiempo en el movimiento >>>

**«Si no aconteciera  
de nuevo ahora,  
no podríamos saber  
de verdad quién  
es Jesús.  
Pero, cuando  
vuelve a acontecer,  
venciendo en nosotros  
ese fastidio,  
empezamos a entrar  
en la realidad, en  
la verdad de lo real»**

» y en la Iglesia pensando saber quién era Jesús, observando si los otros se adherían a mi idea sobre Jesús y sobre la vida, o incluso tratando de ver si Jesús se adecuaba a mi idea. Conocer a este amigo, ver cómo me miraba a pesar de ser un desconocido hasta entonces, abrió de par en par ese resquicio inicial. El resto del verano se ha convertido en el tiempo de la memoria (¡Cuántas veces se lo he oído decir a don Giussani y cuántas he intentado hacerlo, naufragando permanentemente en mis límites), el tiempo para buscar esa mirada y volver a donde soy mirado de este modo, donde veía mirar así la realidad, para sumergirme en ello. He pasado el verano de un sitio para otro en la costa, visitando amigos para volver a ver esa mirada, he leído muchísimo para volver a encontrar esa mirada, por todas partes buscaba esa mirada. De este modo en mí ha empezado a ganar terreno la concepción profunda [¡Esta es la conversión!] de que yo soy un don para mí mismo, que yo mismo soy don, y que por eso mi vida tiene que ser petición si quiero respetar mi propia naturaleza. Y así no pasa un día sin que yo desee esa mirada para aprender quién soy y conocer adecuadamente la realidad, y he empezado a mirar así, me he sorprendido a mí mismo mirando todo así. Por eso no pasa un día sin que mi petición se convierta en una disponibilidad respecto a la realidad, hasta el punto de querer encontrarme con Él todos los días en los sacramentos y en la oración, fundamento de mi ser y de nuestra unidad. Los problemas permanecen, la angustia continúa amenazándome y el dolor a veces es tan fuerte que me quema vivo, pero todo esto no constituye una objeción a la verdad de lo que he visto, a la verdad de esa mirada, más aún, con mi libertad (por cuanto soy capaz y puedo) el dolor abre de par en par mi petición, ¡se da en mí una extraña y misteriosa convivencia de dolor, gozo y alegría!».

Miremos a la cara este testimonio: ¿Qué vence el relativismo, esa reducción de la razón y de la libertad que impide conocer y adherirse a la verdad que nos dona más vida, más amor? La contemporaneidad de Cristo, lo único que es capaz de atraer toda nuestra razón y nuestro afecto si encuentra en nosotros la disponibilidad que nos ha testimoniado nuestro amigo. No importa el estado en el que nos encontremos, ni siquiera los años “de Guadiana” en el movimiento.

Esta contemporaneidad, este poder de Dios, se hace presente en hechos y en acontecimientos, o en testigos como los que hemos visto durante este verano. Pero el Señor continúa teniendo piedad de nuestra nada y nos ha regalado un testigo más espectacular aún: el mismo Papa. Él ha sido testigo de esta victoria sobre el relativismo, no sólo por lo

que ha dicho, sino sobre todo por su propio testimonio, por cómo se ha presentado. El Papa, en efecto, no sólo ha defendido la verdadera naturaleza del hombre frente a cualquier reducción, sino que se ha dirigido a la persona sin reducción alguna, a lo que es más original de la persona, mucho más profundo que las costras culturales: el corazón; y lo ha hecho dando testimonio de la pasión que Cristo tiene hoy por el hombre. Ha afirmado: «En las cuatro intensas y bellísimas jornadas transcurridas en esa noble tierra tuve la gran alegría de hablar al corazón de los habitantes del Reino Unido, y ellos han hablado al mío, especialmente con su presencia y con el testimonio de su fe. [...] A los numerosos adolescentes y jóvenes, que me acogieron con alegría y entusiasmo, les propuse que no persigan objetivos limitados, contentándose con elecciones cómodas, sino que apunten hacia algo más grande, es decir, la búsqueda de la verdadera felicidad que se encuentra sólo en Dios. [...] He querido hablar al corazón de todos los habitantes del Reino Unido, sin excluir a nadie, de la verdadera realidad del hombre, de sus necesidades más profundas, de su destino último» (Benedicto XVI, *Audiencia general*, 22 de septiembre de 2010).

¿Cuál ha sido el contenido del testimonio del Papa? Nos ha dado testimonio de lo que Cristo es capaz de hacer en un hombre que esté disponible a dejarse generar por Él. Cristo genera una criatura hasta tal punto nueva que deja a todos con la boca abierta. Esto se ve en el uso de la razón tal y como nos ha dado testimonio el Papa, en su inteligencia de la fe que llega a ser inteligencia de la realidad, en su libertad de presentarse en la

realidad sin ambigüedades y ante todos, en su humildad que desarma y hace que todos se queden bizcos, en su ingenuo atrevimiento de un testimonio caluroso, apasionado e inteligente de Cristo. Todos se han quedado mudos mientras le oían hablar. Basta leer los periódicos ingleses. Os cito uno de ellos, un editorial de *The Telegraph*: «Alguno ha podido sentirse ofendido por estas palabras, dado el fracaso del Vaticano –ahora reconocido correctamente por Benedicto XVI– a la hora de gestionar los graves crímenes de una pequeña minoría del clero. Pero sospechamos que han sido muchos más lo que han apartado sus reservas respecto a la Iglesia y se han confesado a sí mismos: “Tiene razón”» (*The Telegraph*, 17 de septiembre de 2010).

Ésta es la humanidad que nace de la fe, una estatura humana capaz de ofrecer una contribución decisiva para la vida de los hombres. ¿Quién de nosotros no desea una humanidad así, esta capacidad de presentarse en nuestros ámbitos

**«¿Qué vence el relativismo, esa reducción de la razón y de la libertad que impide conocer y adherirse a la verdad que nos dona más vida, más amor? La contemporaneidad de Cristo, lo único que es capaz de atraer toda nuestra razón y nuestro afecto»**



Trieste (Italia),  
Riva del Mandracchio.

de trabajo o en la universidad, en familia o con los amigos, solos o en grupo, con esta inteligencia y libertad, con esta pasión por todos y cada uno? Para llegar a esto, amigos, es necesario continuar nuestro recorrido, porque esta humanidad no llegará a ser nuestra mecánicamente, ¡no nos hagamos ilusiones!: es necesario un camino de conversión –como el que ha recorrido Newman– para vencer en nosotros la influencia del relativismo que dificulta la capacidad de conocer la verdad, esa verdad que da más vida y más amor.

## 2. LAS TRES REDUCCIONES

Pero en nosotros, que ya hemos encontrado el acontecimiento cristiano, ¿cómo incide el relativismo (este clima cultural que dificulta el realizarse de la capacidad de conocer la verdad de la realidad)? Una vez más, don Giussani nos acompaña en el camino identificando tres reducciones.

a) La primera es el predominio de la ideología respecto al Acontecimiento: «La relación con la realidad que el hombre vive de la mañana a la noche puede ser una continua iniciativa, un continuo intento de intervenir ante lo que sucede y lo que él experimenta; o bien puede ser que el hombre se mueva, se deje mover, obedezca a algo que no nace, que no brota de un modo *suyo* de reaccionar ante las cosas que se encuentra, sino de *prejuicios* [¡Es terrible!]. El punto de partida del cristiano es un Acontecimiento. El punto de partida de todo el resto del pensamiento humano es una determinada impresión y valoración de las cosas, una determinada postura que se asume “antes” de afrontar las cosas, antes sobre todo de juzgarlas» (L. Giussani, *El hombre y su destino. En camino*, Encuentro, Madrid 2003, p. 105).

¡Y esto sucede delante las mismas cosas! Escuchad lo que me ha escrito uno de vosotros: «Querido Julián, el camino que nos estás indicando se está revelando cada vez más determinante para mí y para algunos amigos. La Escuela de comunidad sobre la esperanza (*¿Se puede vivir así?*, Encuentro, Madrid 2008, págs. 133-186) ha sacado a la luz de manera evidente el problema: ¡Muchos de nosotros no teníamos certeza! Incluso para alguno que desde hacía mucho estaba en el movimiento, la vida se apoyaba en otra cosa y la esperanza –la que se vivía de hecho– radicaba simplemente en que las circunstancias fuesen favorables. Algo importante ha sido volver a pensar en la responsabilidad que tengo (guío una Escuela de comunidad y soy el prior de un grupo de Fraternidad), pues me he dado cuenta que consistía más bien en tener “mucha práctica”: después de muchos años de movimiento tienes siempre la respuesta “correcta”, que es capaz de poner a todos de acuerdo, vas a buscar una frase en otro libro de don Giussani, haces citas apropiadas, el amigo que va por delante siempre te dice algo interesante que después tú vas a contar durante los encuentros; y todo esto te da cierto predicamento. El problema es que era muy raro que yo ofreciese una contribución de experiencia real a la luz de cuanto se estaba diciendo. Yo era el primero que no afrontaba la realidad con la hipótesis que se nos sugería, y por eso era el primero en quedar atrapado en las circunstancias. Ante los problemas de la vida, mirar a la cara las cosas que se nos dicen a veces me irritaba, porque quería algo que me resolviese los problemas, no me interesaba algo que, en cambio, me situase en la posición justa; incluso los testimonios, paradójicamente, a veces >>>



*Isla de Sagar (India),  
peregrinos en el Ganges  
para purificarse.*

» me fastidiaban, aumentaban mi escepticismo, y por lo bajo me decía: “Lo que les ha sucedido a ellos, a mí no me sucederá jamás”. ¡Qué gracia haberme dado cuenta de todo esto! Los Ejercicios han sido un punto de reconquista decisivo, he comenzado a afrontar la realidad buscando ser consciente del desafío que nos lanzaban, y a este respecto te cuento un suceso que me ha impresionado mucho. Un amigo mío estaba afrontando su trabajo con una superficialidad que me dejaba helado, corriendo el riesgo de perder un óptimo puesto, lo cual, si lo hubiese perdido, habría conducido a su numerosa familia a una situación dramática; no hacía las cuentas con la realidad, sino que se dejaba guiar por el prejuicio y por las apetencias. Esta situación me disgustaba muchísimo, y decía: “Pero, ¿cómo es posible que se comporte así?” Entonces, reflexionando sobre qué podía significar esta provocación, me he dado cuenta de que yo hacía lo mismo afrontando la realidad. Por tanto, el Misterio a través de esa circunstancia me estaba corrigiendo. Con sorpresa, me he conmovido, me he percibido amado como pocas veces me ha sucedido, y desde entonces se ha puesto en marcha en mi vida una dinámica nueva: la realidad comienza a ser (poco a poco, pero comienza) el lugar en el que Alguien me llama, y esto da un gusto antes ignorado. Antes me parecía que nunca sucedía nada en la vida cotidiana. Ahora sucede siempre todo –más aún: todo, incluso las situaciones más pesadas, comienza a ser afrontado con un ímpetu, una osadía, un deseo de ir hasta el fondo, nuevos. ¡Es evidente que esta energía no proviene de mí! ¡Qué estupor, qué conmoción ver con tanta claridad que Cristo me cambia! ¿Quién podría ser si no Él? Otras veces me habría

dicho a mí mismo lleno de escepticismo (“Sí, ahora es así, pero más tarde todo volverá a ser como antes”), pero ahora no me importa, pues será Él el que se ocupará de volverse a hacer presente para que yo le reconozca, volviéndome a conmover una vez más. Lo único que puede impedir que vuelva a nacer es sólo mi “no”, mi estar a la defensiva, cerrado».

Este amigo nos da testimonio, de manera positiva, del hecho que casi sin darnos cuenta es como si irrumpiese en el juicio sobre las cosas un discurso ya sabido (la palabra justa, la respuesta preconfeccionada, el preconceito que nos da predicamento). ¡Toda esta ideologización está más difundida de lo que nos creemos! En cambio, el cristianismo es un acontecimiento, y por ello está presente; y el punto de partida del cristiano no es la ideología o el preconceito, sino un acontecimiento. Lo único que nos impide ser esclavos de la ideología, que es el desarrollo lógico del preconceito, es reconocer este acontecimiento. La forma última de la ideología es la negación de los hechos que hacen contemporáneo este acontecimiento ahora, dejándonos en manos de la interpretación: «No existen hechos, sino sólo interpretaciones» (F. Nietzsche, *Frammenti postumi 1885-1887*, en *Opere*, Adelphi, Milano 1975, vol. VIII, fr. 7 (60), p. 299). Entran escalofríos sólo de pensar la encrucijada en la que nos encontramos: «Su presencia se hace visible, tangible y experimentable por el hecho de que cambia la vida de la gente que está en la comunidad, en la compañía. Por eso, la agudeza con la que se percibe el testimonio de uno, de otro –aunque no sean responsables–, la perspicacia con la que se percibe el testimonio, aunque sea furtivo, secreto, presente en la gente de la comunidad, es el signo más

grandioso de la honestidad de la que hablábamos antes. Por el contrario, no existe dentro de la compañía mayor signo de deshonestidad que destacar en primer lugar los defectos. *Similes cum similibus facillime congregantur*. Uno percibe aquello que es parecido a uno mismo. Si predomina el mal en ti, tú te lamentarás del mal; si predomina en ti la búsqueda de la verdad, descubrirás la verdad» (L. Giussani, *Uomini senza patria* (1982-1983), BUR, Milán 2008, p. 277). Éste es el intento extremo de evitar la conversión: negar la existencia de los hechos, de los acontecimientos (porque si el ciego de nacimiento no ha sido sanado, entonces los juicios no tienen que cambiar su actitud; por ello, basta negarlo para continuar impertérrito por el propio camino).

b) Introduzco ahora la segunda reducción: reducir el signo a apariencia. «Si el hombre cede a las ideologías dominantes, procedentes de la mentalidad común, se produce una lucha, una división, una separación entre signo y apariencia; de aquí se sigue *la reducción del signo a apariencia*. Cuanto más conciencia se toma de lo que es signo, mejor se entenderá la degradación y el desastre que supone un signo reducido a apariencia. El signo es la experiencia de un factor presente en la realidad que remite a otra cosa. [...] No sería razonable, por lo tanto, humano, agotar la experiencia del signo interpretándolo sólo en su aspecto inmediatamente perceptible o *aparencia*. El aspecto inmediatamente perceptible de cualquier cosa, su apariencia, no recoge toda la experiencia que tenemos de las cosas, porque no dice el valor de signo que tienen» (L. Giussani, *El hombre y su destino*, op. cit., pp. 107-108). Mirad lo que dice este testimonio: «Hola Julián. Quiero contarte un hecho que me ha sucedido este verano durante el pre-Meeting (yo desde siempre trabajo en el montaje, y comparto con otros esa responsabilidad). Sin lo que tú nos has mostrado en estos años por cómo te has implicado con lo que te sucede y con la Escuela de comunidad, me habría resbalado tranquilamente. El hecho es el siguiente. Una noche, tras el trabajo en la Feria, me fui a cenar con algunos amigos de Cremona y de Milán, y uno de ellos me dice: ‘Está con nosotros un chico que no es del movimiento y le he dicho que se venga, ¿algún problema?’ ‘En absoluto’, le respondo. Y así nos fuimos a un pequeño restaurante en la playa para cenar pescado. Este chico es un obrero de veintitrés años y, como no era del movimiento, no sabía ni qué era el Meeting ni lo que le esperaba. De repente interviene en la conversación: ‘En estos días en la Feria he visto inmediatamente cuáles son los stand en los que trabajáis vosotros y cuáles son los de los obreros de las empresas de montaje’. Rápidamente me

**«El cristianismo es un acontecimiento, que sigue presente; y el punto de partida del cristiano no es la ideología o el preconcepto, sino un acontecimiento. Lo único que nos impide ser esclavos de la ideología»**

sorprendió esta intervención inesperada: era su primera vez en el pre-Meeting y llevaba apenas dos días en la Feria. Al día siguiente buscó por todas partes un cura para confesarse (hacía seis años que no se confesaba). Este hecho —el juicio tan neto e impetuoso de la noche anterior y lo que sucedió al día siguiente— me ha removido y juzgado profundamente. Me pregunté: ‘Pero, ¿qué es lo que ha visto?’ Exactamente lo mismo que veían mis ojos y los ojos de todos los demás que estábamos en la Feria, ni más ni menos, y nadie le ha endosado discursos u homilias. Pero, entonces, ¿cómo es posible que las mismas cosas a él le hayan provocado un sobresalto en el corazón, mientras que para mí eran normales y obvias? Esto significa que para reconocer la gran Presencia es absolutamente verdadero que el problema no es lo que veo, no sirve un hecho sensacional, ¡sino que todo depende de cómo estoy ante la realidad que sale

a mi encuentro! Desde aquel momento, no tuve más remedio que mirar este hecho, y así desde aquel instante todo cambió para mí: eran las cosas de todos los días, pero ya nada fue igual, y cuando terminó el Meeting y volví al trabajo, tenía ganas de empezar a trabajar para introducirme en la realidad con esta mirada deseosa de descubrir cómo me sorprendería el Misterio, qué hechos me acontecerían en la normalidad del trabajo. Es lo que más deseo, porque nada, absolutamente nada, está en mi contra. Gracias por cómo me estás desafiando, acompañándome con paternidad, pero sin ahorrarme nada”.

Don Giussani lo explica estupendamente: «La gran tentación del hombre es agotar la experiencia del signo, de algo que es signo, interpretándola sólo en su aspecto inmediatamente perceptible. No es razonable, pero todos los hombres son proclives a ello; se ven arrastrados por el peso del pecado original a ser víctimas de lo aparente, de lo que aparece, porque parece la forma más fácil de usar la razón. Cierta actitud del espíritu hace más o menos esto con la realidad del mundo y de la existencia (las circunstancias, las relaciones con las cosas, hay que formar una familia, educar a los hijos...): acusa el golpe, pero ahí se detiene la capacidad humana de adentrarse en la búsqueda del significado, a lo cual la inteligencia se ve impulsada innegablemente por su relación con la realidad misma. Es decir, se detiene la capacidad misma de la inteligencia humana para introducirse en la búsqueda del significado al que innegablemente nos impulsa nuestra relación con la realidad. Sin embargo, la inteligencia humana no puede quedarse impactada por algo sin percibir que, de alguna manera, eso es signo de otra cosa, es una insinuación que nos remite a otra cosa distinta. Un eco de ►►

» estos conceptos se puede encontrar en una afirmación de Hannah Arendt: “La ideología no es la ingenua aceptación de lo visible, sino su inteligente destitución”. La ideología es la destrucción de lo visible, es la eliminación del sentido visible de las cosas que suceden, el vaciamiento de lo que se ve, de lo que se toca, de lo que se percibe. Así, ya no tiene relación con nada. Cuando Sartre habla de sus manos –“Mis manos, ¿qué son mis manos?”–, las define como “la inconmensurable distancia que me separa del mundo de los objetos y me aleja de ellos para siempre”, llevando a cabo de ese modo una destitución de lo visible, del aspecto contingente de las cosas. Una destitución de lo contingente es, por ejemplo, afirmar que lo que sucede, “sucede porque sucede”, evitando así la necesidad y la exigencia de contemplar el presente, cada presente determinado, en su relación con la totalidad» (*Ibidem*, pp. 108-109).

Y así ya no tenemos que cambiar, que convertirnos. Me quedo verdaderamente helado ante ciertas interpretaciones que vacían lo que acontece entre nosotros...

Don Giussani concluye este punto poniéndonos en guardia respecto a la lucha presente en la trastienda: «La tranquila verdad del ser humano consiste en su sensibilidad para percibir todas las cosas como signo del Misterio [lo hemos comprobado: el último en llegar puede ser el primero en percibirlo]. A ella se opone esa tiranía de quienes ostentan el poder con motivo de alguna ideología, que niega esta manera que tiene el hombre de considerar las cosas» (*Ibidem*, p. 109).

c) ¿Por qué sucede de este modo? En virtud de la tercera reducción, es decir, porque reducimos el corazón a sentimiento: «Tomamos el sentimiento, en vez del corazón, como motor último, como razón última de nuestro actuar. ¿Qué quiere decir esto? Nuestra responsabilidad se vuelve irresponsable precisamente porque hacemos prevalecer el uso del sentimiento sobre el corazón, reduciendo el concepto de corazón a sentimiento. En cambio, el corazón representa y actúa como el factor fundamental de la personalidad humana; el sentimiento no, porque el sentimiento, si actúa él solo, lo hace por reacción. En el fondo, el sentimiento es algo instintivo. “No he entendido todavía –escribía Pavese– cuál es la tragedia de la existencia [...]. Y, sin embargo, está claro: es necesario vencer el abandono voluptuoso y dejar de considerar los estados de ánimo como fines en sí mismos”. El estado de ánimo tiene su dignidad por otra finalidad muy distinta: su fin consiste en que es una condición puesta por Dios, el Creador, por medio de la cual nos purifica. Mientras que el corazón indica la unidad de sentimiento y razón. Esto implica un

concepto de razón no cerrada, una razón en toda la amplitud de sus posibilidades: la razón no puede actuar sin eso que se llama afecto. El corazón –como razón y afectividad– es la condición para que la razón se ejerza sanamente. La condición para que la razón sea razón es que implique nuestra afectividad y, de esta manera, mueva al hombre entero. Esto es el corazón del hombre: razón y sentimiento, razón y afecto» (*Ibidem*, pp. 111-112).

### **3. LA VICTORIA SOBRE EL RELATIVISMO:**

#### **LA MEMORIA**

Esta observación de don Giussani nos puede ayudar a identificar la vía de la victoria sobre el relativismo, punto con el que voy concluir. ¿Cuándo nos llenamos de sorpresa viendo prevalecer el acontecimiento respecto a la ideología, el signo respecto a la apariencia, el corazón respecto al sentimiento? ¿Podemos identificar una imagen que nos permita comprenderlo con facilidad? Yo mismo, como vosotros, estoy rodeado de testimonios, de hechos excepcionales que me asombran porque muestran con fuerza la contemporaneidad de Cristo. Y me he preguntado: “Pero, ¿cuándo estos hechos me han conducido a reconocerle a Él?” Me ha sido de gran ayuda darme cuenta del criterio que nos ofrece don Giussani: «¿Cuándo hemos pensado en Él seriamente, con el corazón, el mes pasado, en los últimos tres meses, desde octubre hasta ahora? Nunca. No hemos pensado en Él como Juan y Andrés pensaban en Él mientras lo miraban hablar. Si nos hemos preguntado por Él, ha sido por curiosidad, por análisis, exigencia de análisis, de búsqueda, de aclaración, de claridad.

Pero pensar en Él como uno, enamorado de verdad, piensa en la persona de quien está enamorado (¡Incluso en este caso es muy raro que suceda porque todo se calcula en función del interés!), puramente, de modo absoluta y totalmente desprendido, como puro deseo de bien... ¡tanto que si el otro no te lo reconociera, tú alimentarías todavía más el deseo de su bien!» (L. Giussani, *¿Se puede vivir así?*, Encuentro, Madrid 2008, p. 238).

En este punto se contraponen dos modos de conocer. Pensar en Él seriamente, con corazón, significa pensar en Él como Juan y Andrés lo hacían mientras le veían hablar, completamente pendientes, atraídos por su presencia, siendo salvada la razón, que les ayuda a introducirse en la profundidad del misterio de esta persona, por el afecto. ¿Qué diferencia respecto al predominio de la mera curiosidad, del análisis, de la búsqueda de una aclaración, pues en estos casos la razón se reduce a su uso instrumental

**«Pensar en Él seriamente, con corazón, significa pensar en Él como Juan y Andrés lo hacían mientras le veían hablar, completamente pendientes, atraídos por su presencia. ¿Qué describe don Giussani con estas palabras? La memoria»**



Lalibela (Etiopía):  
Celebración del Timkat,  
la Epifanía de  
los etíopes ortodoxos.

—el signo reducido a apariencia—, porque está separada del afecto! ¡Qué diferencia más absoluta! ¿Quién conoce más: quien piensa como un enamorado piensa en quien ama o quien se dedica a analizar la cosa? ¿Cómo os gustaría que os mirasen? ¿Quién captaría mejor el valor de nuestro yo? La verificación para saber que hemos salido de esta reducción de nosotros mismos —pues somos razón y afecto— y de la realidad es que hemos podido sorprender en nosotros la experiencia esencial de Juan y Andrés; porque allí, en ese encuentro, ha acontecido la primera victoria sobre el relativismo y, por tanto, ese encuentro nos ofrece el criterio para reconocer dicha victoria siempre.

¿Qué describe don Giussani con estas palabras? La memoria: «El cristianismo es un acontecimiento, y por eso está presente, está presente ahora, y lo que le caracteriza es que está presente como memoria; la memoria cristiana no se identifica con el recuerdo; es más, no es un recuerdo, sino que vuelve a acontecer su Presencia misma» (L. Giussani, *El hombre y su destino*, op. cit., pp. 107). El cristianismo nace como acontecimiento que se encarna en el presente como memoria. Y la memoria es el contenido de la conciencia del cristiano. Lo entendemos bien mirando a Juan y Andrés: lo que dominaba en sus ojos era Cristo, y por esto la memoria es la victoria sobre el relativismo, porque hemos sido creados para conocer a Cristo. Lo que nos falta es “el carácter existencial de la memoria” (L. Giussani, *L'io rinasce in un incontro*, op. cit., p. 47), no lo tenemos ni en el rabillo del ojo, nos dice don Giussani.

¿Qué largo camino de conversión nos queda por hacer para que esto llegue a ser familiar! Lo vemos porque muy pocas

veces sorprendemos en nosotros la misma experiencia de Juan y Andrés mientras Le miraban hablar. Yo me doy cuenta cuando, por gracia, soy salvado de mí mismo, de la reducción en la que había caído. Me ha sucedido esta misma semana, en distintas ocasiones en las que estaba completamente pendiente de lo que veía y que me contaba una persona. Por ejemplo, me quedé con la boca abierta escuchando a una persona que me contaba que en el momento culminante del enamoramiento se ha sorprendido percibiendo la imponente presencia de Cristo que le desbarata totalmente. Esta persona experimenta la victoria sobre el relativismo. Y esto hace más fácil que yo haga en el presente la misma experiencia que Juan y Andrés, hasta tal punto que, a la mañana siguiente, me sorprendí mientras hacía silencio pensando en esas personas que me habían liberado de mis reducciones, siendo completamente atraído por su Presencia.

Sin este acontecimiento no se supera la fractura entre saber y creer, y el relativismo vence, porque nada es capaz de atraer, de imantar todo mi yo. Y esto nos dice, una vez más, cuánta atención debemos a la realidad, qué petición a Cristo tenemos que vivir: pedir que se haga presente así, carnalmente presente. Podemos reducir a Juan y Andrés a un recuerdo del pasado, y no hacer de ese encuentro el criterio para juzgar ahora nuestra experiencia. Con este uso del episodio evangélico, don Giussani libera a Juan y Andrés de la posible reducción sentimental, haciendo de su encuentro el criterio para reconocer la victoria sobre el relativismo. Para alguno ya empieza a ser así: “Querido Julián, ten paciencia, pero de vez en cuando no tengo más >>>



Laguna de Grado  
(Gorizia), pesca.

» remedio que escribirte, al no poder hablar contigo personalmente. Encontrando a un amigo mío que acababa de volver de la Asamblea de Responsables, me parece que he entendido lo que habían visto la mujer de Andrés y su hermano Simón, cuando aquél volvió tras haber encontrado a Cristo. No me acuerdo ni de una palabra de lo que me ha dicho mi amigo (entre otras cosas, porque no era capaz de construir una frase), pero he visto sus ojos, he visto su corazón, y he esperado con ansia que me llegase por correo *Huellas* de septiembre con su precioso cuadernillo. Sólo esta tarde he podido finalmente tenerlo entre mis manos. He llegado hasta la página 8 y ahí me he quedado. Dices [en realidad es don Giussani quien lo dice]: ‘¿Cuándo hemos pensado en Él seriamente, con corazón, durante el último mes, los últimos tres meses, desde octubre hasta ahora? Nunca’. Perdóname, pero, en cambio, de mi corazón ha brotado la respuesta: ‘¡Siempre!’. No podría ni siquiera respirar si no lo encontrase cada día de ese modo. Y así yo ya no puedo vivir sin que cada día vuelva a acontecer de ese modo. Te doy las gracias de todo corazón porque el trabajo que he hecho contigo durante este año, siguiéndote de cerca hasta escuchar físicamente cómo respirabas, me ha hecho capaz de no abandonar nunca, de atravesar todas las circunstancias de la vida, bellas o feas, positivas o negativas, y de rendirme con conmoción sólo ante el asombro por una evidencia así de grande, totalmente donada, totalmente gratuita. Quiero decir que Él está y está siempre, y está en el sol que resplandece y en la lluvia que molesta, y está en la negrura densa de una noche oscura; y siempre es una relación viva, y cuando no se da la relación, de los dos, nunca es Él el que falta”.

Cualquiera que sea la forma en la que acontece ahora, la victoria sobre el relativismo tendrá siempre como criterio ese apego único a Cristo presente que Juan y Andrés han mostrado para siempre y que jamás podrá ser reducido a nuestros análisis ni, mucho menos, a un comentario o una pura emoción. Signos de esta reducción son el fastidio y la queja. La alternativa al fastidio y a la queja es la vida como memoria: «¡Vivir es hacer memoria de Mí!». Por ello, don Giussani insiste: «Para librar esta lucha cotidiana contra la lógica del poder, para vencer día a día lo aparente y lo efímero, para afirmar la presencia constitutiva de las cosas, el destino de las cosas, que es Cristo, ¡qué clase de movimiento personal hace falta! Es la persona que se hace valer ante la alienación del poder. ¡Un movimiento personal!» (L. Giussani. *L'io rinasce in un incontro*, op. cit., p. 194). Este movimiento personal es la conversión.

Amigos, tenemos que decidir qué queremos hacer como adultos: si seguir contentándonos con “segundas opciones”, como las ha descrito el Papa a los jóvenes británicos (dinero, carrera, etc.), y continuar dejando pasar la vida, sin tomar nunca posición ante Cristo con seriedad; o, en cambio, pertenecer a Él. El problema para muchos de nosotros es que ya somos adultos y el tiempo urge. Por esto, al comienzo de este año mi augurio es que decidáis, que decidáis pedir, mendigar pertenecer a Él, ceder a su atracción. Y así podremos ver en nosotros la victoria sobre el relativismo. Basta no contentarse con nada que no sea Él, como nos ha dado testimonio el décimo de los leprosos. Gracias a Dios cada vez hay más gente entre nosotros que no se contenta ni con la curación, ni con la bella compañía de los otros nueve leprosos, sino que, como el décimo, ¡lo que quiere es a Él! La compañía verdadera está constituida por gente como el décimo leproso. Ésta es nuestra responsabilidad, depende de nosotros. En este sentido, el trabajo personal y la responsabilidad respecto a los otros coinciden. Por ello, la frase de don Giussani, «la responsabilidad es la conversión del yo al acontecimiento presente», constituye una síntesis de lo que nos espera: no podemos ofrecer una contribución a la victoria sobre el relativismo si nosotros, en primer lugar, no realizamos este recorrido. Si nos acompañamos en esto, podremos llegar a ser una presencia, una realidad diferente, en la sociedad, mostrando la verdad de lo que el Papa dice y de lo que da testimonio. Cada uno de nosotros tiene que ser muy consciente de la responsabilidad ante Dios, del trabajo que estamos llamados a cumplir, para poder dar testimonio de Él en todos los ambientes en los que estamos. Como el testimonio que nos da un preso: «Mirándome hoy tengo la conciencia de que, liberándome de los estereotipos y de las jaulas sociales y culturales, se entra en una realidad nueva. Esta belleza es única. Irrepetible».

■